

Las cosas podían haber acaecido de cualquier otra manera y, sin embargo, sucedieron así. Daniel, el Mochuelo, desde el fondo de sus once años, lamentaba el curso de los acontecimientos, aunque lo acatara como una realidad inevitable y fatal. Después de todo, que su padre aspirara a hacer de él algo más que un quesero era un hecho que honraba a su padre. Pero en lo que a él afectaba...

Así comienza *El Camino*, la novela de Miguel Delibes, una historia de las gentes de un pueblo castellano visto a través de los ojos de su protagonista, Daniel, el Mochuelo, la última noche antes de partir hacia la ciudad para estudiar en un internado, con el fin de convertirse en un hombre de provecho, según el sentir de los adultos de aquel entonces. Algo con lo que el niño no está totalmente de acuerdo, aunque no tenga más remedio que someterse a la voluntad paterna.

Este párrafo ilustra lo que tú pensabas y sentías la noche del 4 de octubre de 1968, horas antes de emprender el camino de Toro (desde cualquier pueblo del alfoz hay un camino hacia Toro). Y no sólo tú. Otros niños de tu edad estaban en ese momento despiertos en la cama, con el estómago encogido y hasta el corazón, si eso fuese posible. Como en el cuento de *El flautista de Hamelín* ibais también tras una música que hablaba de prosperidad, renunciando al mismo tiempo a los rincones que hasta ese momento habían dado alimento y cobijo a las generaciones que os habían precedido.

Los lugares de los que os alejabais no eran solo espacios reales, eran y son espacios mentales; siguen aún en la memoria individual y colectiva como si no os pudieseis separar de ellos y a los que volvéis a través de representaciones o recorriendo sus calles y caminos como si quisierais atrapar la sustancia de la que están hechos. Como dice Sergio del Molino al hablar de la España vacía: es un mapa imaginario, un territorio literario, un estado (no siempre alterado) de la conciencia.

El coste de este sueño ha sido alto. En lo personal, tú siempre dices que reconoces alguna arista afectiva sin pulir. Dejar el nicho familiar a los diez años tenía que pagarse de alguna manera. Y en lo colectivo, al constatar la pérdida de población en todo el alfoz y la desaparición de algunas localidades en un futuro no muy lejano. Desaparición de los pueblos y de la gente, de los oficios y de los saberes, de las narraciones y de los narradores.

No lo sabías, pero aquel día estabas a punto de iniciar el abandono de la niñez y eso quería decir que ibas a empezar a recorrer un camino tú solo. Finalizaba así un tiempo hasta entonces seguro y un espacio resguardado en el que habías habitado, el único espacio conocido, el único espacio que creías posible. Muchas señales tendrías de ello en los próximos días, meses y años.

Ese viaje entre dos mundos lo ibas a desarrollar a fuego lento, porque el ritmo lo marcaban los cursos: cuatro años de bachillerato elemental, una reválida, dos años de bachillerato superior, otra reválida y el Curso de Orientación Universitaria (COU), al que le seguiría la primera prueba de Selectividad. Recorrido largo y, en ocasiones doloroso, que te habría de llevar lejos, no tanto en cuanto a la distancia física, pero sí lejos de las tareas y las inquietudes que habían ocupado a todos tus antepasados. Por primera vez se iba a romper la transmisión de habilidades y conocimientos, por primera vez los padres no iban a enseñar a sus hijos los secretos de su oficio: gaviar una viña,

esperar pacientemente a que diese uvas, podarla, recoger las vides en manojos, arar con la vertedera, poner cerro para sembrar garbanzos, hacer la matanza, limpiar las cubas para el vino, mejer, injertar un cerezo, ordeñar, bailar una jota, levantar la trilla, plantar el mayo, correr las cintas, reconocer los pájaros por sus trinos o los animales por las huellas de sus pisadas y tantas otras cosas que cualquiera había aprendido y enseñado antes. Ni ellos ni tú sabían que estaban acabando con una forma de vida acordada con la naturaleza desde que los hombres y mujeres se asentaron en los bordes de los ríos y comenzaron a llevar una existencia regulada por los ciclos del sol y de la lluvia.

De modo impreciso había ido ocurriendo lo irremediable. Los padres y los maestros habían provocado el desenlace basándose en criterios de subsistencia. Tú no eras consciente de aquel cambio tan drástico. Solo sabías que ibas a ir a estudiar. Por eso el maestro os preparó durante el curso, por eso fuisteis a examinaros a Toro, a las Nacionales (entonces Colegio Primo de Rivera) para la Beca (concepto que habías de incorporar a la esencia de tu vivir), por eso durante el verano tus padres y tus abuelos estaban tan pendientes del cartero y del sobre azul del Ministerio de Educación y Ciencia. Y llegó una mañana de mediados de julio. Con lenguaje formal y preciso te comunicaban que habías obtenido una ayuda para cursar 1º de Bachillerato en el Colegio de los PP. Mercedarios de Toro. Te concedían 16.000 pesetas de las de entonces, 96 euros ahora. Ese dinero iba a permitir pagar buena parte de los gastos anuales. Los frailes se encargarían de repartir proporcionalmente la cantidad entre los tres trimestres que duraba el curso. A partir de ese momento los acontecimientos se sucedieron de forma vertiginosa. Tú seguías sin ser plenamente consciente de lo que estaba ocurriendo.

Cuántas veces has rememorado el primer encuentro con el Colegio. Una mañana de agosto fuisteis los tres, tu padre, tu madre y tú en el tractor, aquel Ebro 55 comprado dos años antes con un crédito aún sin pagar. Ante la enorme puerta de acceso, tu padre, nervioso, movía la gorra entre las manos. Tu madre miraba hacia todos los lados sin saber muy bien qué hacer. Y tú, con los pantalones cortos, la camisa y los zapatos de los domingos cruzabas los dedos de las manos en un gesto nervioso que habías adquirido. Ir a Toro era una cosa distinguida. Había que ir de punta en blanco y a ti te agradaba porque suponía que te iban a comprar una aventura de Roberto Alcázar y Pedrín y un bizcocho de los que tanto te gustaban.



Patio del Siete (Palacio de los Condes de Requena)

A esa hora van a desayunar y a las 9 en punto ya están en clase. A media mañana tienen un recreo y a las 2 van a comer. A las 3 tienen un tiempo para preparar las clases de la tarde, que son de 4 a 6. Luego meriendan y juegan un poco, hasta las 7. De 7 a 9 tienen otro periodo más largo para preparar las clases del día siguiente y hacer los deberes y a las 9 cenan. De 9 y media a 10 corren y juegan un poco por el patio y a las 10 a la cama. Como ven no hay tiempo para otras cosas. Queremos que se dediquen a estudiar y a aprender. Además, los sábados por la tarde tienen paseo y después van a la iglesia a rezar el Rosario y a confesarse. Vuelven al colegio para ducharse y cenar. Al terminar ven un poco la televisión o están en la sala de juegos y a la cama. Los domingos por la mañana se levantan un poco más tarde. Después de desayunar van al estudio y pueden aprovechar para escribir cartas a la familia. Nos las dan a nosotros en el sobre y nosotros le ponemos el sello y se las enviamos. Por la tarde van de paseo y a las 5 meriendan y van al cine. Al acabar la película juegan un rato hasta la hora de la cena. Y enseguida a dormir que al día siguiente hay que madrugar.



Detalle de un salmer del patio del Palacio de los Condes de Requena

El escritor J.M. Vaz de Soto, en el libro *El infierno y la brisa* sitúa a los personajes en un internado. Uno de ellos decide escaparse. Él no quería estudiar, no quería dejar su pueblo y que lo encerrasen en aquella cárcel. Le gustaba el campo; le gustaba andar sin rumbo por las cañadas y le gustaba ir a la era con los trilladores; le gustaba levantarse con las primeras luces; le gustaba bañarse en el río y también romper el carámbano limpio de los arroyos en las mañanas de enero; le gustaba el sol en agosto y la lluvia en octubre y la niebla que subía por los barrancos en las anochecidas de invierno. Era libre en el pueblo.

Algo así hubieses querido decir tú, si te hubieses atrevido, pero tu padre se adelantó sintiendo la obligación de hablar:

- Todo lo que sea por su bien, pues bienvenido sea, por nosotros que no quede; ya le hemos dicho a lo que se viene.

Tú te encogiste de hombros, miraste al suelo y no dijiste nada. De pronto aparecieron imágenes que te causaron una cierta tristeza: la escuela, la plaza, la casa, el gato, los corderos, tu abuelo esperándote a la puerta, las galletas de nata que tu abuela te guardaba bajo el mandil, el olor del puchero, tu hermana, el tirachinas, la peonza. Todo aquello se derrumbaba y aparecía un mundo que te daba miedo porque era desconocido. Pero no pudiste decir nada; se notaba que te estabas aguantando las ganas de llorar. ¿Lo recuerdas?.

El Padre Rector intervino de nuevo:

- ¡No se llora, hombre! Ya verás qué bien lo pasas y lo mucho que aprendes.

Dejaste de oír y de ver y te echaste a llorar. El tiempo parecía haberse detenido. Tú querías salir de allí, respirar y limpiarte los mocos. El pañuelo te lo acercó tu padre. Tu madre comentó con resignación: En fin, que sea lo que Dios quiera.

A partir de ese momento la conversación se centró en temas más prácticos. El curso comenzaba el 5 de octubre. Ese día era sábado. Tendrías que ingresar antes del mediodía. Haríais la primera comida juntos y veríais una película por la tarde; el domingo después de misa repartían

El Padre Rector os recibió en un despacho inmenso, pulcro, lleno de armarios con libros y documentos. Nunca habías visto nada igual. Una ventana elevada con reja y una lámpara bajo un techo que a ti te pareció muy alto. La imagen de una Virgen, un crucifijo y el cuadro de un santo que clavó sus ojos en los tuyos, estaban frente a vosotros, limitando el espacio. El fraile se situó tras una mesa y tus padres, vergonzosos y vacilantes, se sentaron en aquellos sillones elegantes que nunca habías visto. Os dijo su nombre pero tú no fuiste capaz de recordarlo. No era de los que tú conocías por haber ido a predicar la Pasión en Semana Santa.

Te mandó acercarse a una silla que había en un rincón y te sentaste indeciso y temeroso. Tu padre sacó el sobre azul del bolsillo interior de su chaqueta y se lo entregó al Rector. Lo miró con cierta desgana. No era el primero ni sería el último en aquellos días. Enseguida le dijeron aquello que otras veces habías oído, que erais pobres, que para ellos suponía un sacrificio darte estudios pero que el maestro les había dicho que valías y que sería una pena que te quedases en el pueblo. El Padre Rector les dijo que no se preocupasen, que allí ibas a estar muy bien atendido, que si eras aplicado y tenías buen comportamiento, con la ayuda de Nuestra Señora de la Merced, podrías hacer una carrera o unas oposiciones y que cuando tus padres fuesen mayores (eso lo dijo mirándote a ti) les podrías ayudar y compensar lo que ahora estaban haciendo por ti.

Tú no comprendías muy bien lo que estaban diciendo, lo que se estaba decidiendo por ti pero sin ti. Es posible que ellos tuviesen una idea precisa pero el mal sabor de boca y el nudo en el estómago que tenías ya no dejarían de acompañarte durante mucho tiempo, casi tanto tiempo como duró el Bachillerato.

El Padre, así lo habían llamado, les entregó una hoja con todo lo necesario para tu incorporación como interno en aquella institución. Le dijo a tu madre que la ropa debería ir marcada con tus iniciales, que tenías que llevar dos mudas, un pantalón para diario y otro para los domingos, ropa de abrigo y, especialmente, un albornoz. A ti aquella palabra te sonó extraña, nunca la habías oído. Les explicó que era para ir a la ducha o para levantarse de la cama por la noche. Todo ello en una maleta con llave. Nuevas situaciones y palabras: albornoz, ducha, maleta y llaves. En casa te lavabas con el agua templada que te preparaba tu abuela en un balde y la cara y las manos en la palangana. Era necesario, también, un pantalón de deporte, que ellos te proporcionarían, tanto para hacer gimnasia como para entrar y salir de la ducha con recato.

De los materiales para el estudio, libros, cuadernos, bolígrafos y demás, no debían preocuparse. El primer día de clase ellos se los entregarían y durante el primer trimestre abonarían el importe.

Tú veías a tu padre nervioso en el sillón. Miraba a tu madre que estaba a punto de llorar.

- Es que nos da mucha pena separarnos de él, dijo con la voz entrecortada.

- No se preocupe. Los primeros días extrañan un poco, pero luego se hacen todos amigos y se lo pasan bien. Tenemos cine la tarde de los miércoles y los domingos. Si hace bueno los llevamos de paseo a los pinarillos del Canto o a las eras de Malpique, tienen una sala de juegos, otra de televisión. Aquí van a estar mejor que en su pueblo.

- ¿Y cuando pueden ir a casa, Padre? preguntó tu madre.

- Pues estarán aquí hasta Navidad, si Dios quiere. Si van mucho les cuesta adaptarse al colegio. Eso sí, ustedes pueden venir a verlo de vez en cuando. Tampoco demasiado. Tienen que acostumbrarse y no crea que tienen mucho tiempo. Miren, se levantan a las 7, se asean y hacen su cama. Bajan a la capilla a rezar a las 7,30. A las 8 menos cuarto van al estudio hasta las 8 y media.

Luis Landero en el libro *El balcón en invierno* acerca de forma dulce y apacible al pasado tratando de rescatar el mundo rural desaparecido para siempre. Casi al final del libro realiza lo que bien podría ser una conclusión. “Parece que todo ocurrió hace ya mucho tiempo y en un país muy lejano, como se dice o se decía al empezar los cuentos, y en efecto, las cosas han cambiado tanto desde mi infancia que a veces tengo la sensación de haber vivido muchos años, casi un siglo de historia, o quién sabe si más. Los campesinos de ahora no se parecen en nada a los de antes ni en usos, ni en lenguaje, ni en estilo ni en mentalidad. Las finezas de aquella cultura milenaria han desaparecido casi por completo, y en cuanto a las leyendas y decires que sustentaban una visión mágica de la naturaleza, sencillamente ya no existen. Todo eso ha pasado a manos de historiadores, sociólogos, antropólogos, lexicólogos, etnógrafos, folkloristas y demás estudiosos, que ya han empezado a remover las primeras ruinas de aquella época, que fue la postrera del inmemorial mundo del campesino. La sensación de estar fuera del tiempo agrava el sentimiento de extranjería que me asalta cuando regreso al pueblo. Definitivamente, solo cuando vuelva a estar lejos podré recuperar y amar de nuevo estos lugares”.

El pueblo y el colegio han quedado atrás. Los niños de entonces os seguís viendo con la frecuencia que marcan los funerales de aquellos que un tiempo fueron valiosos para cada uno de vosotros. Ellos sí que se quedan próximos a los lugares en los que nacieron, los cementerios están a pocos metros del final de cada pueblo. Los seguís recordando como personas singulares. En los velatorios a los que asistes o en los encuentros casuales nunca falta la referencia a hombres y mujeres que forman parte del patrimonio colectivo: Me acuerdo yo, dice alguien, de ..., ¡qué derecho ponía los surcos! Y del señor ..., qué vino más bueno hacía. Y de la señora ..., qué arroz con leche el día de la fiesta. ¡Anda que la señora ..., la que asistía a los partos! Y así van quedando en el recuerdo a modo de herencia común ellos y sus rasgos. El que crió una perdiz con las gallinas, quien tuvo el galgo más veloz, quien fabricaba silbatos con el hueso del albaricoque, el dueño de la mula torda más terca y más fuerte. El que sabía las coplas de Molina y de Caracol y las cantaba en el trillo mientras los de las eras de alrededor se paraban a escuchar. La que fue a Madrid a servir y vino con un niño y sin marido. El padre cuyo hijo murió en la guerra y no volvió a ir a misa.

Ahora las historias son globales, las referencias son personajes triviales y perecederos, visibles en cualquier lugar del mundo. El eco de sus acciones es efímero, sustituido por otro más potente e igual de fugaz.

Lo ganado en todo este tiempo está relacionado con la tecnología y las infraestructuras; lo perdido tiene que ver con lo inmaterial, con las huellas de vuestras raíces.

La duda no te abandona: ¿te has convertido en un hombre de provecho? ¿Es a esto a lo que aspiraron tus padres y tu maestro? ¿Qué ha sido del alfoz?

Sé que no tienes una respuesta única ni convincente. Seguirás con tus cavilaciones, perillán. Ahora que ya has crecido deberás enfrentarte tú solo, como antaño, al dictamen y al veredicto.

Un niño se acercó, el mismo niño de la entrada, el hijo del hombre que dudaba del negocio y con el que tu padre entabló la conversación. Te preguntó cómo te llamabas, se lo dijiste y él también te dijo su nombre. Juntos fuisteis a un patio de arena, os arrimasteis a la pared y al momento aparecieron otros dos o tres muchachos mayores que se reían de vosotros al ver vuestro semblante.

¿Quieres continuar? Ya sabes lo que viene ahora, ¿verdad?

El sábado por la tarde, después de comer por primera vez en el comedor en dos platos y conocer a los que iban a ser los compañeros durante tantos años, os llevaron a pasear a los pinarillos del Canto. Había una ermita, pinos y almendros. Allí podíais correr sin acercaros mucho al barranco. Al volver, con la ingenuidad y la inocencia del que está fuera del nido por primera vez, le preguntaste a uno de los frailes por el cine. Te contestó malhumorado que esa tarde iba a haber teatro. Os colocaron en fila, por cursos. El fraile nombró a cinco o seis chicos, de los mayores. Los hizo dirigirse hasta el centro, junto al pozo. Una vez allí, por orden, les fue dando dos bofetadas sonoras a cada uno. Se hizo un silencio temeroso y absoluto. A tu lado un niño se había hecho pis. Sentiste miedo. Nunca habías presenciado nada parecido. Claro que a ti te habían pegado un azote en alguna ocasión, pero así, en público, a los que parecían unos hombres, era la primera vez. No sería la última. Aquella escena ha quedado grabada en tu memoria más que las guerras Médicas, la batalla de Lepanto o la toma de Constantinopla. Terminado el acto os mandaron ir al comedor en busca de la merienda: un bollo de pan y un trozo de chocolate. Seguramente habías perdido el apetito. Por la noche supiste que aquellos muchachos habían preferido ir a ver a las chicas del colegio Amor de Dios, el colegio de las monjas, a las que conocían de cursos anteriores. Nada era fácil en aquellos tiempos, tampoco el amor.

Tardaste algún tiempo en volver al pueblo, a ti te pareció una eternidad, en todo caso antes de Navidad. Encontraste los techos de tu casa más bajos, a tus abuelos más arrugados y a tu hermana más alta. Le contaste a tu padre una película del Oeste que habías visto el último domingo; a pesar del sueño que tenía resistió hasta el final sentados los dos en la camilla. Sólo se oía tu voz y el crepitar de la lumbre. Estabas tan contento que no sentiste el frío de las sábanas. Al despertar te esperaba el desayuno de siempre con la radio sintonizada en la misma emisora que escuchaba tu abuelo. Sentada frente a ti tu abuela te fue contando novedades: había fallecido la madre del panadero; se había marchado una familia a Bilbao vendiendo lo poco que tenían como si no pensarán volver; un hijo era amigo tuyo; iban a cerrar una de las dos escuelas y juntarían a niños y niñas; se iban a casar unos novios y también se marcharían a trabajar a Madrid; a tu hermana la estaban preparando para el examen de la beca; y tu abuelo tenía un dolor en el pecho. Iban a ir a un médico de pago.

Cuánto cuesta olvidar lo que se ha vivido a través de las emociones, ¿verdad? El paso de la infancia a la edad adulta sin el contacto diario con las figuras de apego, el vínculo con los espacios cotidianos, el tiempo marcado por las rutinas sencillas y conocidas que daba seguridad, todo eso se rompió de golpe; algunos niños tuvisteis que hacer frente sin demasiadas herramientas a un cambio espectacular y los pueblos fueron perdiendo las risas y sus ecos en las calles.

Ahora todo lo miras con los ojos de la nostalgia y con la duda de si podría haber sido de otra manera, como también pensaba Daniel, el Mochuelo. El precio pagado ha sido alto. El alfoz de Toro con sus costumbres, su cultura, sus oficios, sus gentes ha pasado a ser otra cosa.

Subisteis los dos pisos del edificio. Las escaleras de madera crujían a cada paso. Tu padre con el colchón a cuestas, tu madre con la maleta y tú con una talega en la que iban los zapatos, la bolsa de aseo y una caja de galletas. Y tu primer frasco de colonia que junto con las galletas te quitarían durante la primera semana. No sabías que eso ocurría con frecuencia.

Un fraile estaba a la puerta de cada dormitorio para asegurar el orden y resolver algunas dudas. Saludaba a los padres de los niños mayores a los que ya conocía de otros años. A los nuevos les preguntaba algún dato de poca importancia. Las camas se distribuían a lo largo de aquella sala en una hilera, como si fuera una formación militar.

Tu madre te fue haciendo la cama mientras tú mirabas sin ver. El colchón, las sábanas nuevas con las iniciales de tu nombre, el pijama bajo la almohada. Te fue dando las instrucciones para cuidar la ropa y doblarla correctamente. Tanto la que no ibas a usar como los útiles de aseo quedaban en la maleta, bajo la cama. La llave la llevarías colgada de un cordón alrededor del cuello, junto con el escapulario que te había regalado el cura el último domingo que le ayudaste en la misa. El dinero, el poco dinero que te dejaron, lo llevarías en una carterita en el bolso del pantalón. Eso sí, con la recomendación de que no lo gastases.

Al terminar la tarea bajasteis de nuevo al claustro. Entonces no sabías que aquel lugar había pertenecido a los Condes de Requena. Tampoco que era de estilo gótico, de finales del siglo XV. Hasta que no pasaron los siete años de estancia allí no te fijaste en los detalles de la decoración de las columnas ni de los capiteles. No estabas allí para disfrutar del arte.

Y llegó la hora de la despedida. Si hasta ese momento habías intentado mantenerte firme, toda la fuerza se te vino abajo en el último momento. Y la de tu madre, con los ojos acuosos. Tu padre sacó el pañuelo para enjugarse las lágrimas antes de que apareciesen.

Las recomendaciones eran repetidas, quizás sirviesen para salir del apuro. Tu madre: abrigate, come, cuidado con el dinero, pórtate bien. Tu padre, más escueto y más directo: Bueno, a lo que vamos. Los viste salir por la puerta. De trecho en trecho se volvían para mirarte. Y allí permaneciste sin saber muy bien qué hacer. Algo definitivo comenzó a forjarse entre aquellas paredes.



es decir.

- ¡No crea que por ahí atan los perros con longaniza, que va!. Lo que pasa es que cuando vienen nos cuentan la feria a su manera. Mire, mi hermana, más de una vez le ha pedido dinero a mi madre pa tapar alguna trampa, que creen que somos tontos. Pero luego todo se vuelve decir que cómo vivimos, que si cocido todos los días, que si huele mal por el pueblo. ¡Ya le digo, ni que tú hubieras salido de la pata la reina! Y otra cosa, que ya lo dice mi padre, los pueblos se quedan vacíos; este año sin ir más lejos, dos quintos namás pa poner el mayo. ¿De dónde va a salir la leche, el pan, los garbanzos, el vino? ¡Claro que manca el trabajo y que hay que madrugar pa ir a segar y trasnochar cuando pare la marrana pero así ha sido siempre y así será, que no todo el mundo puede vivir en la plaza! ¡Vamos digo yo!

Seguramente, en aquel momento, tú podrías haber pensado que tu pueblo no iba a desaparecer, que allí iban a estar siempre tus abuelos, tus padres, el panadero, la señora del estanco, el herrero, el alguacil, el herrador, el señor cura, el señor alcalde, el señor maestro, tu hermana. Que cada primavera sembrarías el melonar, que por San Pedro irías a la josa a coger las cerezas. Y que el olor de los albaricoques llenaría la casa. Que cuando fueses un poco mayor sacarías el santo por la fiesta, que irías a podar y a hacer leña. Todo eso podrías haber pensado entonces pero estabas ocupado en otros menesteres y en tu mente no cabían esas preocupaciones. Años más tarde, escuchaste a José Antonio Labordeta cantar una copla y te diste cuenta de lo que había pasado, que efectivamente, una forma de vivir había comenzado su final con vuestra salida del pueblo:

*“De cien vecinos que éramos
ya solo quedamos dos;
Don Florencio, que es el amo
y un seguro servidor.
Don Florencio vive en Huesca
aquí solo quedo yo,
con una cabra mochaes
una gaita y un tambor”.*

El portero del colegio os apremió para que entraseis, aún quedaban muchos por llegar. Así que con un breve saludo con la cabeza pasasteis al interior cada uno por su lado. Aquel hombre que a ti te pareció inmenso, con aire severo y el uniforme impecable os preguntó el nombre y tras mirar en unos papeles os dijo qué habitación te correspondía y la cama asignada. En el vestíbulo de entrada algo te llamó la atención: el cuadro de honor. Entendiste lo que era. Allí aparecerían mensualmente el nombre de los mejores alumnos de cada curso. Cada vez que tus padres fuesen a verte aquel dato corroboraría tu trabajo y su esfuerzo. No podías fallar. Mantener la beca que te habían concedido suponía tener una nota media de 7. En caso contrario la perderías y tendrías que volver al pueblo. Eso te decían en cuanto la ocasión lo permitía o cuando te creían poco concentrado en el estudio. Al fin era para eso para lo que estabas allí, no tanto para saber, sino para asegurar tu futuro y el destino de su sudor. Esa responsabilidad sobre los hombros junto con el miedo a defraudar te serviría más que nada para tener un sentimiento de culpa junto con las advertencias sobre el pecado y la transcendencia del esfuerzo que los frailes, en la misa o en la confesión se encargaban de administrar.

El pecado, en especial el de la carne, el mundo como valle de lágrimas, la liberación del origen por el trabajo, la sumisión y la obediencia fueron ingredientes presentes en vuestra formación, tan machacados y repetidos que no dejaban espacio para la alegría, el ingenio o la libertad.

escena, aunque no fueses a la guerra. Una vecina apareció en el último momento para decirte adiós y acariciarte el pelo:

- Bueno, perillán, no tardes en venir que si no ya no te conoceremos.

El tiempo en el camino pasó rápido. La carretera era aún de cantos y tierra. Le dijiste adiós al caminero que estaba rellenando los baches y que era de la familia. Hacía sol y las hojas de los chopos amarilleaban aunque esos detalles no eran importantes para ti.

Ya antes de llegar viste la silueta del colegio y bullicio en las calles. Era un ir y venir constante de niños, hombres y mujeres a la puerta de aquel caserón o palacio o lo que fuese. Cada uno había venido como había podido. Unos como tú, otros en los coches de línea o en los coches de punto. Todos con las maletas y los colchones.

Los padres, más hechos a estas circunstancias, no en vano habían cumplido el servicio militar, se saludaban y entablaban una mínima conversación. Al lado, las mujeres, también se atrevían a comentar lo que estaban viviendo para aliviar el momento. Todas sentían lo mismo.

Un hombre muy parecido a tu padre, la piel curtida, la espalda ancha, se acercó. Su hijo y su mujer estaban detrás.

- De dónde es el amigo, preguntó.

Tu padre dijo el nombre de vuestro pueblo tratando de parecer un hombre avezado en el trato social.

- Y usted, de dónde viene, le preguntó a su vez

El hombre dijo un nombre.

- De allí tengo yo un conocido, continuó tu padre. Servimos en África los dos. Alguna vez fui a la fiesta a su casa, cuando estábamos solteros.

- ¡Hombre, pues claro! Ya me parecía a mí que su cara me sonaba. Me pasa con las personas lo que con las ovejas, en cuanto las veo una vez ya no se me despistan. ¡Buena jera! Es primo de aquí, dijo señalando a su mujer. ¡Y buena gente!

- El padre andaba un poco delicado. Y la madre nos mandaba unos chorizos que nos sabían a gloria bendita. ¡Qué tiempos aquellos, verdauste!

- ¡Qué pronto se pasan! En cuanto vienes de la mili todo es distinto. Y ahora, mire. Que no sé yo si este negocio que estamos haciendo será para bien.

- Hombre, yo creo que sí, oíste decir a tu padre, algún bien les traerá, por lo menos a ellos.

- A ellos sí, lo que es a nosotros, estamos haciendo un pan como unas tortas. Mire lo que le digo, yo tengo un tío en Argentina; desde que se fue no ha vuelto. Un hermano, el mayor, se fue pa Alemania. Cada vez viene menos. Y otra, la pequeña, pa Barcelona. Viene alguna vez en verano y con unos humos que no hay quien la tosa. Así que éstos, en cuento aprendan a comer en plato, a usar el tenedor y a ir con zapatillas por el cemento, éstos no vuelven, como hay Dios. Aquellos se fueron, pero a estos parece que los estamos echando.

Su mujer asentía y tu madre lo miraba con curiosidad.

Viste a tu padre ajustarse los pantalones en un gesto que denotaba inquietud, un gesto particular en el que reconocerás sus dudas; buscaba palabras para expresar las razones de aquel negocio.

- Hombre, digo yo que si el día de mañana son algo, tienen su carrera y ganan sus buenos cuartos, digo yo que mirarán por nosotros. Y si les ahorramos las estrecheces que nosotros pasamos, lo podemos dar por bien empleado. Porque claro, levantarse de noche en el verano, pasar el frío que pasamos en invierno, con las heladas que no puedes ni meter un tanto así en la tierra, pa no tener un duro, eso no quiero yo que lo pase. Ni pa comprar algunas veces unos zapatos, que ya

antes de bajar a desayunar. Hasta ahora habían sido tu madre o tu abuela las encargadas de limpiarlos para ir a misa. Para ti era una tarea ajena. Tu madre te llamó y se puso el cepillo en una mano y un zapato en la otra. Así se hace, te dijo. Y comenzó a mover de un lado hacia otro y de adelante atrás. Te dio el otro zapato. Tu mano era demasiado pequeña así que no fuiste capaz de hacerlo correctamente: el cepillo se te cayó. Más adelante entenderías que el hecho de limpiar tú solo los zapatos había señalado un momento clave. Era la señal de alejamiento de un trecho de la vida, el gesto inesperado de salida (uno más) hacia la consecución de los sueños de otros.

Dejaste las dos cosas sobre la mesa y saliste a la calle, te esperaban en la plaza para jugar un partido de fútbol. Bien sabías que era el último partido porque aunque volviesses muchas veces y salieses de nuevo a la plaza ya nada sería igual. Ya no serías un niño del pueblo, de ahora en adelante serías un estudiante. Eso que hasta ahora estaba reservado para las familias con capital y que, por tanto, era visto como una distinción. En ese grupo habías entrado y te concernía un papel diferente al que te correspondía de haberte quedado en el pueblo. Aunque no sabías todo eso aquella tarde corraste menos y perdiste más veces el balón.

Tendrías que comenzar a aprender nuevas costumbres y decir adiós a otras. Adiós a las tardes en la plaza, adiós al trinquete, a la peonza, al aro. Adiós a los dulces de tu abuela, a los ratos que pasabas con tu abuelo pelando almendras, adiós a las tareas fáciles. Adiós a la enciclopedia tercera, que había pasado por dos o tres primos antes de llegar a tu casa, al brasero y a la estufa de leña de la escuela que los mayores encendían, a la leche en polvo, y a la pluma y al tintero. Adiós a la iglesia, al repique de campanas, a la peseta que te daba el señor cura por ayudar a misa. Adiós al cocido, al relleno con jamón y perejil, al huevo pasado por agua, a las natillas y a las torrijas.

Hubieses querido parar el tiempo para no sentir el desamparo y la tristeza. *Alea iacta est*, aprenderías algún tiempo después en clase de latín. Como Julio César tenías que cruzar el Rubicón. Por eso, por la noche, ya en la cama, te costó conciliar el sueño. No podías imaginar lo que se avecinaba. Tan solo sabías lo que perdías y por eso estuviste despierto largo rato como le estaría ocurriendo a muchos niños en el resto del alfoz. Había llegado la primera pena infantil.

Un nudo en la garganta y la sensación de congoja no te abandonarían durante todo el día. Ya que lo inevitable había llegado hubieses preferido que todo transcurriese más rápido. El dolor aumentaba viendo el dolor en los ojos de los demás. Todo lo que era habitual tenía un sentido distinto, más intenso: el tazón de leche que te preparó tu madre, las galletas que te puso tu abuela en la mano, la espuma en la cara de tu padre mientras se afeitaba, la peseta que depositó tu abuelo en un bolsillo saliendo de la cocina sin decir nada, la angustia de tu hermana, las conversaciones de las vecinas delante de la puerta. Tanto detalle acabaría por hacerte llorar mientras te lavabas la cara en la palangana donde se mezclaban las lágrimas con el agua clara.

Saliste a la calle por la puerta de atrás. El tractor y el remolque estaban allí. También la maleta y el colchón. Contigo iban otros dos niños con el mismo fin, con el mismo semblante. Los acompañaban sus madres con el vestido y los zapatos nuevos. Hablaban del daño que les hacían al no estar acostumbradas.

Subiste al remolque después de besar a tu abuela que te restregó el mandil en los ojos. Te despediste de tu abuelo, que apoyado en su bastón no dijo ni una palabra. De tu hermana, que por ser más pequeña no reprimió su llanto. Años más tarde recordarías esa escena al leer el cuento de Clarín, ¡Adiós, Cordera!. “Eran tres: ¡siempre los tres! Rosa, Pinín y la Cordera”; era la misma

los libros y cuadernos. El lunes ya empezaban las clases.

El Rector se levantó y tu padres hicieron lo mismo. Los invitó con un gesto a salir del despacho al claustro con aquellas columnas de piedra, el pozo en el centro y las cristaleras superiores. Viste cruzarlo a otros frailes y a un hombre con un guardapolvo. Era el portero; a lo largo de los años lo verías hacer de todo: conserje, camarero, albañil, barrendero, fontanero, electricista. A la puerta del despacho rectoral esperaban otros padres con otro niño más o menos de tu edad. No os dijisteis nada y ambos agachasteis la cabeza. Os daba vergüenza. Al salir te fijaste en la puerta del fondo, inmensa, como una boca oscura de la que partía una escalera de madera que daba al comedor, a los dormitorios y al estudio. Siete años pasando por ella, con sus peldaños desgastados y sus descansillos amplios pero nunca apreciarías su decoración ni su diseño. Tantas veces subiendo y bajando en fila y en silencio, siempre en fila y en silencio, con un fraile en medio ordenando compostura, repartiendo miradas o imponiendo castigos, según el caso.

Y aquellos hombres y mujeres del alfoz entregaban a sus hijos a este escenario que estaba en consonancia con el modelo y la atmósfera que envolvía la realidad de aquel tiempo. Tenían fe en la idea preconcebida de que el porvenir pasaba por este claustro y por sus prácticas. El respeto hacia lo establecido, hacia la autoridad y los usos que imponía la religión les hacía suponer que nada malo iba a pasar, que aquel sistema emanaba de arriba, de lo más alto, y que para convertir a sus hijos en hombres hechos y derechos era necesario recibir la educación que ellos, como padres, no creían tener. No eran conscientes de la trascendencia de la empresa ni de la finalidad. Solo presentían el sacrificio económico y emocional que suponía la separación.

Ya en la calle, camino del Arco del Reloj fuisteis caminando sin hablar. Para ti ver los escaparates, los edificios, los soportales, las iglesias era siempre una sensación que te superaba, te creaba inseguridad y algo parecido al miedo. Las gentes cuando iban y venían por las calles de cualquier pueblo del alfoz se paraban a saludar a todo el que encontraban en el camino, comentaban algún chisme o la faena del campo que tocara en ese momento. En cambio, pasear por Toro era sentirse un forastero: cualquier rostro era extraño y cualquier plaza o calle siempre era nueva. Pasasteis frente al kiosko de Santa Marina pero esta vez no os parasteis a comprar nada, tus padres tenían otros pensamientos.

A mediados de septiembre volvieron a Toro; habían ido a vender unos sacos de trigo y a comprar tus cosas; esta vez no fuiste con ellos. A la hora de comer ya estaban en casa. Tú no te atrevías a preguntar nada. Volviste a sentir el mal sabor de boca cuando por la tarde tu abuela y tu madre deshacían un colchón viejo y la lana la cardaban y la pasaban a una nueva tela de listas que estaba sobre el suelo, en el portal. Poco a poco fueron cerrándola compartimentándola con unas cuerdas y unos botones para que quedase bien repartida. Lo dejaron preparado en un rincón.

Pero a fin de cuentas no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague. Los días de verano fueron pasando y llegó el 4 de octubre. Sin saber cómo viste en la sala la maleta abierta como si fuese a tragarte, al lado del colchón. Sobre una mesa tu ropa limpia, doblada y planchada, unos zapatos, los de los domingos que a partir de ese día serían los de todos los días hasta que pudiesen comprarte otros con el dinero de las uvas. Y algo que te llamó la atención y que te serviría para darte cuenta de que aquello iba en serio: dos cepillos, el de los dientes y el de los zapatos. Lo que hasta ahora no formaba parte de la higiene diaria tendrías que acostumbrarte a hacerlo todas las mañanas y todas las noches al acostarte. Y, los domingos dar betún y sacar brillo a los zapatos